

100

arrojó del templo. Jesús fue misericordioso con la
adúltera, paciente con el usurero; pero en la gra-
titud y al ladrón arrepentido; pero á esos mercade-
res, que comerciaban en el templo, los arrojó igno-
miniosamente de la casa de su Padre. No quiero
pues, que consideres encinas de la religión esas
doctrinas misas, no quiero. Mi único deseo es, for-
mar á ver esos felices campos. Y sentir mucho que
cuando me cobijara ese cielo; cuando me rodeara ese
mar, cuando me recibiera esos hermosos campos,
cuando yo no había perdido la fe de mi madre. Y
había olvidado nuestro santuario y aquellos dulces
cánticos de la niñez; y al olvidarlas pensar que
apenas un impio, del cual se habla de separar la
tercera parte del mundo, cuando siempre hemos creído que
las grandes y generosas naciones de la vida se ele-
van hasta la eternidad. Adios, te quiero mucho.

101

con el gobierno más grande de la Revolución; in-
tervino y dio las que se celebraban, á los que
creo que has nacido para la esclavitud, diles que
la libertad es tan hermosa y tan clara como tu sol;
que tu historia es un continuo sacrificio por la emanci-
pación progresiva de un pueblo que antes quedaba
ver á tus hijos muertos, como los has herido tan-
tas veces desde Sagunto hasta Zamora, que varios
marchando á vil cadena de esclavos.

XXI.

Nuestra democracia es, no solamente cristiana,
sino también española. Patria mia, tú, que me has
dado la primera luz de mi vida, y que guardarás en
paz mis cenizas, porque no puedo creer que Dios
me condene á morir, cuando te amo tanto, lejos de
tu hermoso seno; tú, que has producido, alimenta-
do á todos los seres que amo; tú, que has inspirado
mis sentimientos, mis ideas; tú, la más grande, la
más heroica entre todas las naciones; tú, mártir de
la historia, que por espacio de siete siglos estuviste
dando tu sangre para salvar á Europa de la barbá-
rie; tú, que descubriste en el seno de los mares un
mundo tan hermoso como tu rica inagotable fanta-
sía, y plantaste allí el árbol de la Cruz; tú, que en
las Navas libraste al mundo de la cimitarra de los
almohades, y en Lepanto de la cimitarra de los tur-
cos; tú, que venciste á Carlo-Magno, el guerrero
más grande de la Edad media, á Francisco I, el
guerrero más grande del Renacimiento, y á Napo-

leon, el guerrero más grande de la Revolución; tú, levántate y dí á los que te calumnian, á los que creen que has nacido para la esclavitud, díles que tu libertad es tan hermosa y tan clara como tu sol; que tu historia es un continuo sacrificio por la emancipacion progresiva del hombre; que antes querrás ver á tus hijos muertos, como los has llorado tantas veces desde Sagunto hasta Zaragoza, que verlos arrastrando la vil cadena de esclavos.

He dicho que nuestra democracia es tambien española, tambien histórica. Los hombres que solo miran á la superficie de las cosas, no comprenden cómo se puede asegurar que España ha sido siempre una verdadera democracia. No debe tenerse por democracia solamente el conjunto de nuestros principios; todos los esfuerzos que la humanidad ha hecho para llegar á la libertad, son esfuerzos hechos para llegar á la democracia. ¡Y cuántos esfuerzos no ha hecho nuestra patria! Además, las naciones se distinguen, no solamente por su carácter político y por su carácter religioso, sino tambien por su carácter social. La verdad social, la idea social, es como el alma de las naciones. De esa idea social se tintura la religion, la política, todas las instituciones. El espíritu de un pueblo es, ya lo he dicho, su esencia social. Los pueblos pueden ser aristócratas ó demócratas, segun sus tendencias, bajo esta ó la otra forma. República habia en Venecia, y Venecia era una aristocracia. Monarquía ha habido y hay en Es-

paña, y España ha sido una democracia. Nuestra forma política no habrá estado en consonancia con nuestra verdad social, si se quiere; pero nuestra verdad social es, como ha dicho muy bien un escritor, cuya autoridad no puede ser á nadie sospechosa, Donoso Cortés, nuestra verdad social es la democracia.

Desde el principio de los tiempos, la democracia es el carácter de nuestra patria. Remontándonos á los primeros y más antiguos pobladores, échase de ver que en aquellas tribus dispersas, nuestros padres, nuestros progenitores, adoraban ya la idea capital de la democracia, la idea de igualdad. Abranse las páginas de Estrabon, de Diodoro Sículo, de casi todos los historiadores antiguos, y en esas páginas, que son el oráculo de nuestra primitiva historia, se ve que aquí no hay aristocracia militar, como entre los germanos, ni aristocracia sacerdotal, como entre los celtas, sino pequeñas familias patriarcales, sujetas á la autoridad de un jefe, ántes padre amoroso que cruel señor. Parece que esta tierra tan hermosa, de naturaleza tan esplendorosa, de sol tan puro y tan luciente, rica en flores, tan placida y serena como su azul cielo, siempre sonriente, quiere unir á todos sus hijos en este sentimiento sublime de igualdad, para que todos amen igualmente á la amorosa patria. Y si todos los pueblos han menester el amor de la patria, ninguno lo necesita como España. Levantada al extremo de Europa, con dos mares por alfombra, tocando pueblos

bárbaros, ha de resistir el ímpetu y el choque de esos pueblos, no tanto por sí, como por interés de la civilización universal. Los españoles han de amar la patria, por la patria y por el mundo. Por eso España se aparece siempre á nuestros ojos como un guerrero, que, blandiendo su lanza en la cumbre de sus montañas, contiene á costa de su pura generosísima sangre á la corriente de los bárbaros, mientras Europa, por nuestra patria protegida, se entrega á elaborar los elementos de la civilización universal.

Este amor de la patria, de la independencia, que en España existe desde los primeros días de nuestra historia, prueba que estos pueblos son libres; porque nunca el esclavo amó la patria. Siempre que un pueblo enemigo viene á tocar nuestros pátrios lares, el español se levanta y le hiere en el corazón. La libertad de la patria es nuestra diosa, es nuestro eterno inagotable númer. Viene el cartaginés, é Indortes é Istolacio caen á sus plantas exánimes, prefiriendo morir á ver esclava su patria. Vienen los romanos, é Indibil y Mandonio dan su sangre por la libertad y la independencia. El hijo del pueblo, en la cruz, lejos de mostrarse desanimado ó débil, entona un cántico de victoria que se pierde en el cielo. El primer símbolo de nuestra nacionalidad no es un sacerdote, ni un guerrero, ni un príncipe; es un pastor. Las crónicas romanas hablan con espanto de este héroe, que por un esfuerzo gigante engen-

draron las entrañas de la madre España. Su nombre es Viriato. Pastor, y sencillo como pastor; avezado á las luchas; frugal, independiente; respirando con gozo el aire de la libertad; reuniendo en torno de su enseña todas las tribus, todas las gentes; amando las montañas como el águila, y las selvas como el león; generoso con el vencido, cruel en la batalla; más grande que sus enemigos, los señores del mundo; apasionado no solo de su cuna y de su hogar, sino de toda nuestra privilegiada tierra; gustando de los combates, de la tempestad y de los huracanes; sereno en el peligro, como en su elemento, y mal hallado con la paz y el regalo; Viriato, el campesino, el pastor, el hijo del pueblo, contiene á los ejércitos vencedores de todas las razas, rompe sus huestes, las desbanda, huye su presencia con la rápida ligereza de la niebla, y vuelve á encontrarlos, descargando su espada centelleante como un rayo; burla á los primeros capitanes del mundo; logra que el Senado Romano, rey de reyes, le pida paz y se humille en su presencia, y obliga á sus enemigos á que apelen á la traición para vencerle; mostrando así eternamente las virtudes, la fuerza, el valor que guarda en su pecho nuestro heróico pueblo. Y este ejemplo no fué perdido; los cántabros y los astures aplastaron bajo las piedras de sus montañas el águila romana, y si vencidos, lo fueron más por el destino que por sus enemigos; y si esclavos, huyeron de la esclavitud, refugiándose en brazos de la muer-

te. Cuando acababa la República romana, acabó la eterna guerra de España. El Imperio romano, léjos de contrariar las tendencias y el carácter de nuestra patria, como su obra era la obra de la nivelacion de todas las razas, de la igualdad de todas las gentes, contribuyó, y no poco, á dar este carácter de igualdad á nuestra raza, que es su rasgo más distintivo y acabado.

Vinieron los bárbaros, y con los bárbaros un nuevo elemento social. Estos pueblos traian por sus victorias la necesidad de fundar una aristocracia. Ellos debian á los pueblos vencidos hacerlos siervos. La organizacion debia ser una organizacion militar y fuerte y avasalladora y enemiga de todos los vencidos. Mas ¡oh milagro de nuestra historia! Aquellos pueblos tan orgullosos, aquellos pueblos tan aristócratas, apenas han puesto el pié en nuestro suelo, sienten el devorador deseo de igualdad, y tienden sus brazos con amor á los vencidos, y los levantan á su dignidad y á su soberanía. El pueblo vencido se refugia en la Iglesia, que da el pan de la vida sin distincion de gerarquías al esclavo y al señor. En la Iglesia se educa nuestra democracia, y unge con el óleo sagrado la frente de sus mismos señores. La influencia de la idea capital, de la idea madre de nuestra civilizacion, se ve en el Fuero Juzgo, que une al vencedor y al vencido; que en su derecho penal está libre de muchas ideas bárbaras y aristocráticas, comunes á otros pueblos de la misma edad;

que hasta cierto punto consagra, en cuanto es dado á siglos tan apartados, la santa igualdad ante la ley; obras todas de nuestra democracia religiosa y de la influencia beneficiosísima del catolicismo en el derecho.

Despues de los bárbaros del Norte vienen los bárbaros del Mediodia. La comun desgracia une á los españoles dispersos. Como en un naufragio el señor se abraza á su esclavo para salvarse ó perderse unidos, en Covadonga todos los desgraciados españoles olvidan sus categorías y se unen alrededor de una enseña, la Cruz, y nombran un jefe, Pelayo. Mas como un solo jefe no puede estar á un tiempo en todas partes, ni combatir á tantos enemigos contra él congregados, nace el guerrero, que no ha de tener punto de reposo, que ha de estar siempre en la brecha, que ha de dar una voluntad y un pensamiento á tantos siervos; el señor feudal. El señor feudal será el propietario único, el dueño de las vidas de sus siervos, la fuente de todo derecho, la concentracion de toda autoridad, para que así todos se muevan al compás de su voluntad y de su pensamiento.

Mas Castilla no puede por mucho tiempo sufrir el yugo feudal. Bajo la sombra del castillo, no léjos de sus almenas, va á nacer el árbol de libertad, el municipio. Así se quebranta la servidumbre; así nace y se robustece la libertad; así se agranda la esfera de la emancipacion progresiva del hombre. El rey, que ve debilitada su autoridad, firma un pacto con

el pueblo, y le ofrece en cambio de su auxilio, libertad. La carta-puebla que baja del trono, es el pacto social y político entre el monarca y las villas y las ciudades. La lucha entre el rey y la nobleza se extiende desde el siglo X hasta el siglo XVI. El pueblo se inclina siempre á su libertad, siempre á su emancipacion. El municipio, amparo del pueblo, tiene su gobierno patèrnal, su jurado; tiene sus milicias, que son como sus brazos; tiene sus propios, que son como su peculio y el título de su emancipacion. Así, cuando la patria le pide oro, le da su oro; cuando la patria le pide fuerzas, le da sus fuerzas; cuando suena la hora de la guerra, pelea; y cuando suena la hora de la paz, escribe la santa idea del derecho en las Córtes. El municipio da la igualdad y la libertad á los pueblos, quebranta el yugo feudal, y rescata con su pobre óbolo al siervo de la gleba, que se levanta á la libertad transfigurado, con los eslabones de su cadena rotos á sus plantas. El municipio es la gran democracia de la Edad media.

A esta obra de la democracia ha contribuido la monarquía. Alonso V, apenas fija la planta en la movible arena que le arrebatan las ondas tumultuosas de las irrupciones enemigas, extiende las bases del municipio de Leon, como un muro, para que se rompa en él para siempre la aguda lanza del árabe. En este municipio el gobierno de la ciudad está encomendado á los ciudadanos, y el hogar doméstico del pobre es tan sagrado como un santuario. La

seguridad individual es la base de todas estas cartas-pueblas. La ley, como una espada de fuego, guarda el hogar doméstico, el nido sacratísimo donde se aviva la idea de la personalidad del nuevo individuo que vá á brillar en la historia. El Fuero es una constitucion democrática, como que tiene por objeto avivar el espíritu del estado llano, que solo puede vivir animado por el aire de la libertad. Y esto es tan cierto, que despues de Grecia no ha habido un pueblo que haya sido actor en la historia como el pueblo español. Su voz llenaba los ámbitos de las Córtes; su espada relucía la primera en los combates; sus pendones congregaban innumerables soldados; sus jueces modificaban el derecho; su historia era al mismo tiempo la historia de nuestros más gloriosos esfuerzos; sus cantos, sí, cantos sagrados, son la fuente de nuestra poesía, la creacion más grande y maravillosa del genio español, nuestra Iliada; pues propios y extraños inclinan la cabeza al escuchar ese poema, cuyo Homero es todo un pueblo; poema, que pinta nuestras más dulces aspiraciones y contiene nuestras mayores glorias; poema, que resume nuestra vida; poema cuyo nombre hace latir de orgullo el corazon; porque no hay español que no module algun canto del inmortal romancero, que es como la augusta voz de nuestros padres. Y esta fuerza popular, y este derecho popular, y estos cánticos populares, prueban que en España habia una gran democracia. Cuenta que no lo digo yo solo: conmigo

lo dicen escritores tan sesudos como Lafuente, tan eruditos como mi amigo Moron, tan empedernidamente doctrinarios como Pidal, tan iluminados como Valdegamas.

Y á esta obra de la democracia ha contribuido la monarquía. Alfonso VI, al llegar á Toledo, levanta no solo una fortaleza contra los árabes, sino un asilo para el pueblo. En Toledo escribe el genio castellano las dos ideas de toda nuestra vida: la guerra contra los árabes, y la guerra por la libertad. Después de Alfonso VI viene el tempestuoso reinado de Doña Urraca: la gran tormenta fecunda el suelo, y brotan nuevos municipios, bajo cuyas ramas se refugia el pueblo. Alonso VII, el hijo de Doña Urraca, recorre las tierras españolas para castigar á los nobles, y escribe con su victoriosa espada en los campos empapados de sangre, la unidad de la monarquía, primer amenaza extendida como una maldición sobre la frente del feudalismo. Alonso VIII, abandonado de los nobles al pié de Cuenca, en tan amargo trance recurre al pueblo, y el pueblo acude en tropel á su llamamiento, y le ofrece sus brazos, su vida; y mientras las piedras de los muros de Cuenca ruedan á sus plantas, se abren magestuosamente las altas puertas de las Córtes para cobijar á los plebeyos. Esta alianza del pueblo con el rey brilla magestuosamente en las Navas de Tolosa, donde reyes, sacerdotes, magnates y plebeyos, cortando el paso á los feroces almohades, salvan, no ya solo la patria

sino el mundo. Pero al compás que caminábamos en la obra de la reconquista, caminábamos en la obra de la libertad. San Fernando, rey que parece más que una persona histórica, un ideal escrito por un sábio para resumir en él un siglo de portentosa revolucion: San Fernando establece los merinos, para matar la jurisdiccion feudal; los adelantos, para humillar la soberbia de la nobleza; los propios, para que el pueblo tenga su peculio; un mismo fuero en las varias poblaciones que conquista, para llegar así al dia feliz de la gran reforma, al dia en que nobles y plebeyos obedezcan una misma ley. Mas, por este tiempo, el mundo se siente como sacudido por la electricidad revolucionaria. Las universidades, que brotan del suelo para educar el estado llano; el derecho antiguo, que amanece contra el quebrantamiento del derecho en el feudalismo; los jurisconsultos, que con sus códigos se levantan frente á frente de la nobleza y oponen la idea á la fuerza; el estudio del derecho canónico, que fortifica la monarquía; todos estos grandes fenómenos históricos, ajustados á una ley divina, á una ley providencial, están pidiendo un hombre que las condense y las ofrezca como un ideal á los siglos; como una esperanza á la inquieta democracia de la Edad media. El hombre predestinado á este fin maravilloso es Don Alonso el Sábio. El mata la anarquía de las fuerzas feudales con la unidad social; mata la tiranía de la jurisdiccion de la nobleza, encarnando en su alto tribunal la justi-

ticia; esfuerzo gigantesco, incomprensible, cuya grandeza debia quebrantar á un hombre que se anticipaba á los siglos y que luchaba sin conciencia por ideas que solo habian de madurar doscientos años de continuas revoluciones. Mas si la nobleza derrocó al David que habia herido su frente, el pueblo, lleno de aliento, vigorizado por las continuas luchas, amaestrado en la triste escuela del dolor, cuando los nobles, sin el freno del rey, parece que van á repartirse en pedazos nuestra patria; el pueblo se levanta, despliega su bandera, ahuyenta á sus enemigos, y con una mano salva la corona, que flotaba perdida en el mar de todas las pasiones, y con la otra mano escribe esforzadamente nuevas libertades, nuevos derechos, que engrandecen su poder y su gloria. Doña María de Molina, ángel que bate sus alas de luz en una de esas negras noches tan frecuentes en la historia, es el nombre augusto que proclama la democracia española; el grito de guerra de la libertad contra el privilegio. En esta revolucion, Alonso X es la idea, Doña Maria de Molina el sentimiento, Alonso XI la inteligencia, Don Pedro el Cruel la fuerza y el terror. Don Pedro, ese bárbaro, que tiene en sus venas sangre de tigre, ha sido absuelto por la historia é idealizado por la poesía; porque la historia, que es la verdad, y la poesía, que es el resplandor de la verdad, han comprendido que aquel hombre fué hasta la muerte fiel al espíritu de su siglo. Vio despues la usurpacion de la ra-

ma bastarda, y con la usurpacion de la rama bastarda, el renacimiento bastardo tambien de la nobleza. Sin embargo, la democracia tenia tal fuerza, que aun despues de esta política bastarda, logró aumentar sus libertades y sus derechos. El mal, como el bien, produce siempre á la larga sus frutos. Y la restauracion de la nobleza produjo todos los disturbios, todas las guerras, todas las tempestades del siglo XV. En vano quiso atajar el paso á la nobleza Don Alvaro de Luna: la nobleza le arrastró al cadalso. Así es que, al concluir el siglo XV, la nobleza era fuerte, y como fuerte anárquica; y el rey era débil, era impotente. Pero entonces el espíritu del progreso levantó al trono de España una mujer extraordinaria, que fué la idea viva de su siglo. Aquella mujer casta, virtuosísima, ornada con todas las prendas de un gran carácter; de sensibilidad indescriptible, de inteligencia elevada, de corazon varonil y fuerte; como si un ángel le hubiera revelado que habia de ser la encarnacion de nuestra grandiosa nacionalidad, camina perseverante hácia su fin, y derroca en el polvo á la nobleza, quitándole sus últimas guaridas, su castillo, sus privilegios, las posesiones desgajadas del patrimonio real, la jurisdiccion criminal, la maestranza de las órdenes militares; y de aquellos nobles, que eran bandidos, hace héroes inmortales; y aquella monarquía tan débil se transfigura, y Dios premia tantos esfuerzos por la civilizacion y la libertad, concediendo á Isabel la Ca-

tólica que redima á Granada, y doblando con un nuevo mundo la creacion, para que allí se extienda su inmarcesible gloria.

Todos estos esfuerzos constituyeron en España lo que seguramente no habia en ninguna de las naciones europeas en tal alto grado, un gran pueblo. Notadlo, todos los que de veras amais á la patria. Ha habido aquí muchas épocas inmorales, y la inmoralidad nunca ha llegado al pueblo. Ha habido muchas épocas de total decaimiento de nuestras fuerzas, y el pueblo ha sido valeroso. Luis XIV no llevó á cabo su idea de dividir la nacion española y repartir sus despojos, no por respeto al impotente Carlos II, sino por temor al potentísimo pueblo español. Es cierto que el absolutismo cegó las fuentes de nuestra vida, y debilitó sobremanera al pueblo, y hasta lo desmoralizó; pero no es menos cierto que áun bajo la inmensa mole del poder absoluto, se conservaron algunas pavesas de nuestra libertad, salvadas por la digna constancia de este gran pueblo.

Al finalizar el siglo, todos nos creian impotentes y desmoralizados. El hombre, ante el cual se habia de hinojos postrado Europa, quiso uncirnos á su carro triunfal. El pueblo español, sin reyes, sin gobierno, sin ejército, sin armadas, se levantó, y levantó al mismo tiempo sus antiguas libertades, y dió un ejemplo á todos los pueblos del mundo, que aprendieron de Zaragoza y de Gerona á luchar con los tiranos. Por eso Napoleon, cuando veia amena-

zada por el extranjero la Francia, escitaba á sus soldados á que defendieran el pátrio hogar, como lo habian defendido contra ellos los indomables y heroicos españoles. Por eso Grecia en la guerra de su independencia, cuando se levantaba á luchar en sus montes y en sus playas, sin recordar sus Termópilas y sus Leónidas, recordaba la heroicidad de España, y todos sus hijos pronunciaban en el combate nuestro nombre, sagrado para los que pelean por la patria. Por eso los rusos, entre el estruendo de la guerra y la muerte y el incendio, batiéndose como desesperados, unian bajo los muros de Sebastopol al nombre glorioso de Moscou el nombre gloriosísimo de Zaragoza. En una tan gran nacion, donde hay un tan gran pueblo, puede haber una gran democracia. Por eso hemos dicho, que léjos de oponernos á nuestras gloriosas tradiciones, las consagramos con la libertad; por eso hemos sostenido una y mil veces, que nuestra democracia es á un mismo tiempo cristiana y española, en armonía con nuestra religion y nuestra historia.